Al aplaudido autor dramático
Don Manuel Cuartero en testimonio de
consideracion.

El autor.

TELÉFONO 2.000

Tomo
=

TELÉFONO 2.000

Juguete cómico

EN UN ACTO Y EN PROSA,

original de

CARLOS TORRES Y PASTOR

Estrenado con gran éxito en el Teatro ESLAVA de Madrid
la noche del 27 de Abril de 1888.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia

MADRID
IMPRENTA DE M. P. MONTOYA
San Cipriano, 1, bajo.
1888

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Doña Joaquina.....	Sra. Baeza.
Mercedes.....	Srta. Pino.
Juana.....	» Lurueña.
Don Claro.....	Sr. Vega.
Luis.....	» Carreras.
Farruco.....	» Galán.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie, sin su permiso, podrá ponerla en escena.

Los representantes de la Biblioteca lírico dramática *de D. Enrique Arregui son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación, del cobro de los derechos de propiedad y de la venta de ejemplares.*

El autor se reserva el derecho de traducción.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Á DON MIGUEL RAMOS CARRIÓN

Los extremos se tocan. Por eso aparecen unidos en esta página el nombre de uno de nuestros primeros autores dramáticos y el del más humilde de los principiantes. El del insigne autor de *La Bruja*, *La Tempestad*, *La Marsellesa*, *Los sobrinos del Capitán Grant* y otras cien obras á cual más justamente alabadas y aplaudidas, y el del autor desconocido de este insignificante juguete. Quiero ocultar mi pequeñez á la sombra de su grandeza.

Perdone V. mi osadía al dedicarle esta obrilla desprovista de mérito; pero á ello me obliga un inextinguible sentimiento de gratitud, pues nunca podré olvidar que en este juguete cómico, á pesar de su nulo valor literario, se ha complacido V. en ver *algo* por lo que me ha hecho concebir risueñas esperanzas.

Realícense ó no, mientras viva encontrará usted en mí un ser agradecido.

Carlos Torres.

721964

ACTO ÚNICO

Sala elegante, amueblada con bastante lujo, cual corresponde á personas que gozan de buena posición. Puerta al foro y laterales en primero y segundo términos de la izquierda (del actor) y en segundo de la derecha: todas practicables.—En primer término de este último lado habrá un aparato telefónico simulado, con timbre eléctrico que debe jugar durante la acción de la obra.—Una mesa de despacho á la izquierda con enseres de escritorio; algunos atributos científicos propios del gabinete de un médico, etc.—Butacas y demás mobiliario.—En el centro un velador con una bandeja.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA JOAQUINA.—MERCEDES.—DON CLARO.

CLARO. Ea: ya estamos completamente instalados en nuestro nuevo domicilio.

MERC. Ha quedado muy bien.

JOAQ. Pues no faltaba más sino que no fuera así, después de los días que llevamos arreglándolo.

CLARO. Y tú tienes buen gusto.

JOAQ. Ya lo sé.

CLARO. Por eso te has casado conmigo.

JOAQ. Han terminado la instalación del teléfono?

MERC. Sí.

CLARO. Habeis visto si funciona bien?

JOAQ. Ya lo creo: toda la mañana hemos estado comunicándonos.

CLARO. Comunicándoos vuestras impresiones?

JOAQ. No, hombre; comunicándonos con nuestros amigos y conocidos. A todos ellos les hemos ofrecido nuestra nueva casa, y les hemos hecho presente que tenemos teléfono.

CLARO. Muy bien: así podrán llamarme con toda prontitud cuando me necesiten.

JOAQ. En casa de un médico de tu nombre, este mueble es necesario.

MERC. Indispensable.

CLARO. Ya lo he puesto en las tarjetas. «Claro García, doctor en Medicina y Cirugía.—Calle del Pez. Madrid, teléfono 2.000.»

JOAQ. Eso está casi en verso.

CLARO. Es que la medicina y la poesía tienen muchos puntos de contacto.

JOAQ. Qué han de tener!

CLARO. Que no? Recuerdo que cierta vez se empeñó un amigo mío, que va para poeta, en leerme unos versos, y de resultas de aquello tuve que guardar cama.

JOAQ. Ese es un solo punto.

CLARO. Sí: pero es un punto filipino.

JOAQ. No cabe duda que el teléfono es un buen invento.

MERC. Y muy cómodo.

CLARO. Ya lo creo: el enfermo que se halla en la agonía, no tiene más que aproximarse al aparato, y enseguida... se muere.

JOAQ. Qué lástima que no se pueda curar por teléfono.

CLARO. Con el tiempo se hará. ¿No se cura hoy por el sistema homeopático, ó sea por las píldoras invisibles? Pues no hay más que ir disminuyendo la cantidad hasta que se reduzca á nada, en cuyo caso es sencillísimo trasmitirla por el alambre.

JOAQ. Claro!

CLARO. Qué?

JOAQ. No te llamaba.

CLARO. Como has dicho. ¡Claro! y yo me llamo Claro.

JOAQ. He dicho ¡claro! con admiración.

CLARO. Y qué? No soy yo capaz de causar admiración?

JOAQ. Sí, hombre, sí.

CLARO. No soy una lumbrera de la medicina?

JOAQ. Claro.

CLARO. Qué?

JOAQ. Que está claro, hombre. (Suena el timbre del teléfono.) Que llaman.

CLARO. Dejadme á mí, que soy el cabeza.

JOAQ. Sí: eres cabeza... de chorlito... (Los tres acuden apresuradamente al aparato disputándose la vez.)

CLARO. Voy á ver; es decir, á oir. (Se coloca junto al aparato en actitud de escuchar.) Quién? Quién? No se oye... Sí. Que me vaya á freir espárragos?

JOAQ. (Enfadada.) Cómo se entiende?

CLARO. (A Joaquina.) Muy mal, hija, muy mal. (Al aparato.) Usted qué se ha figurado? Que disponga seis raciones de espárragos? Esto no es una fonda; es la casa del doctor D. Claro García, Claro García! Claro!

JOAQ. Ay, hijo, cuanta claridad.

CLARO. (A Joaquina.) Pues á pesar de eso no se oye. (Al aparato.) No hay de qué... Adiós. (Colgando el reófago.) Vaya usted noramala!

JOAQ. Qué te ha pedido?

CLARO. Seis raciones de espárragos. Creía que hablaba con la casa de Lhardy.

MERC. Vamos: un descuido de la Central. (Vuelve á sonar el timbre.)

CLARO. Otra vez?

JOAQ. Se habrá deshecho la equivocación.

CLARO. (Al aparato.) Quién? Sí; aquí es. Enfermo de gravedad? Que vaya inmediatamente? Voy corriendo. (Cuelga el reófago.)

JOAQ. Ahora parece que va de veras.

CLARO. Demasiado. El día está algo lluvioso, con que dadme el paraguas y uno de mis gabanes.

MERC. En la percha del pasillo están colgados.

CLARO. También el paraguas? Lo habrás colgado por las varillas, porque lo que es el puño no puede ser más liso. Ea, no perdamos tiempo. Hasta luego.

JOAQ. } Adiós.
MERC. }

ESCENA II.

JOAQUINA.—MERCEDES.

JOAQ. Ay, hija, cómo trabaja tu padre!

MERC. Es verdad, pero afortunadamente trabaja con frutos.

JOAQ. Qué ha de trabajar con Frutos! Trabaja solo.

MERC. Quiero decir que trabaja con provecho.

JOAQ. Eso sí: en cuanto á eso, no podemos quejarnos.

MERC. Además ha adquirido gran reputación. Es un médico de nota.

JOAQ. Y no solo de nota, sino de toda la escala musical.

MERC. Tiene un buen nombre!

JOAQ. No, el nombre es el que no me gusta. Eso de llamarse Claro!

MERC. Quiero decir que tiene fama.

JOAQ. Pero esa fama trae consigo muchas obligaciones; que si fuesen obligacioues... amortizables del Banco de España!

MERC. Es verdad.

JOAQ. Siempre está ocupado: no tenemos tiempo para nada.

MERC. Pobre papá!

JOAQ. Apenas le dejan comer: y sale siempre de casa con el bocado en la boca.

MERC. Con el bocado en la boca? Mamá! así van los caballos.

JOAQ. No es ese bocado: es el otro.

MERC. Ya he comprendido.

JOAQ. Y apesar de eso, tu padre siempre está de broma. No he visto un médico más alegre!

MERC. Más vale así.

JOAQ. Si se le muere algún enfermo, es de risa.

MERC. Tiene unas manos privilegiadas.

JOAQ. Todos los que le llaman con tiempo se salvan, y algunos completamente desahuciados que han acudido á él... se han muerto.

MERC. Es que contra la Parca fiera no hay ciencia posible.

JOAQ. La Parca! Yo no sé por qué la llaman *parca*. Pues no anda *parca* en destruir al género humano.

MERC. Hablando de otra cosa. Saldremos esta tarde?

JOAQ. No: tenemos que concluir de arreglar la casa.

MERC. Es verdad: hay que dar los últimos toques.

JOAQ. Toques? No: no me toques nada, que tienes unas manos desdichadísimas. Ayer me rompiste la luna del tocador.

MERC. Es que estaba nerviosa, porque como acababa de pedírsela á la doncella, y no me la traía...

JOAQ. Y quién te manda pedir imposibles?

MERC. Cómo imposibles?

JOAQ. Figúrate: pedir la luna!

MERC. Sí: del espejo.

JOAQ. Ea, voy á dar la última mano á los *bibelots* de mi gabinete.

MERC. Bueno.

JOAQ. Yo no puedo estar sin hacer algo. Mírate en ese espejo.

MERC. En cuál? En el que se ha roto?

JOAQ. No, hija, no: quiero decir que procures imitarme, y no te quedes ahí mano sobre mano. (Vase.)

MERC. Bueno, mamá.

ESCENA III.

MERCEDES sola.

MERC. Me deja sola. Qué gusto! Ahora que yo también tengo teléfeno, ya puedo hablar por él con Luisito. Papá ha salido, mamá está en su habitación, los criados en sus quehaceres; así es, que nadie puede enterarse. Me decido. (Aprieta el botón del aparato, á poco suena el timbre, y se se pone al habla.) Central? Hágame usted el favor de ponerme en comunicación con mi novio: quiero decir, con el número 1.191. Gracias (Cuelga el reófago.) Qué tonta soy! Pues no les he

dicho á las de la Central!... Pero qué importa. Mejor. Así sabrán que no falta quien me diga, «buenos ojos tienes»... Y si ellas no tienen novio, que rabien, que yo sí le tengo. (Pausa.) Si ahora viniera mamá, qué compromiso. Aunque después de todo, no sé qué sería mejor, y lo ha de saber de todas maneras... Además, tener novio no es un crimen, ni mucho menos. (Pausa.) Cuánto tarda Luis en contestar. Y eso que quedó en permanecer al pié del aparato hasta que yo le avisara. (Suena el timbre.) Ya está! (Se pone al habla.) Qué? Que no responden del 1.191. Le habrán ustedes confundido. Si no puede ser. Vuelvan á hacer la prueba. En cuanto respondan hagan el favor de avisarme. Gracias. (Cuelga el reófago.) Envidiosas. Pero este Luis, ¿en qué estará pensando? Buena riña le voy á echar! Pero si me quiere tanto! y yo á él. Oh! seguramente no debe haber sido por culpa suya.

ESCENA IV.

MERCEDES.—DOÑA JOAQUINA.

JOAQ. Se me olvidaba preguntarte dónde has dejado aquel primoroso grupo de barro cocido, regalo de los marqueses de la Insolación, que representa á Eolo soplando el párpado de Citerea, para quitarla una mota que la molesta bastante.

MERC. Está sobre el velador de mi gabinete.

JOAQ. Para que se rompa!

MERC. No; para eso no está.

JOAQ. Pero puede romperse y sería una lástima, porque es un precioso capricho, que envuelve una delicada alusión á la portentosa habilidad quirúrgica de tu padre.

MERC. Pues pónlo donde quieras.

JOAQ Ahora mismo voy por él para ponerlo en la cómoda.

MERC. Está atestada y no va á caber. O va á estar muy incómodo.

JOAQ. Pero, hija, cómo ha de estar incómodo en la cómoda? (Medio mútis. Suena el timbre del aparato telefónico.) Llaman? Quién será?

MERC. (Si será él?)

JOAQ. Quizás algún otro enfermo. Veamos.

MERC. No te molestes: yo contestaré

JOAQ. Si no es molestia: á mí me agrada esto. (Se coloca al aparato.)

MERC. (Estoy temblando.)

JOAQ. Quién? El número 1.191? Muy señor mío, digo, muy número mío. Qué me va á hablar? Por mí que hable, y que cante y que baile si quiere.

MERC. (Me pongo nerviosísima. Lo va á descubrir.)

JOAQ. Qué dice? Que le perdone? Y me habla de tú. Qué franqueza!

MERC. Eso es lo que querrá que le perdones. La franqueza.

JOAQ. Me llama rica. Pues mi fortuna no tiene nada de particular. Ahora me llama preciosa, remonona y divina!

MERC. (Eso va por mí.)

JOAQ. Qué soy hermosísima? (Al aparato.) Ya lo sé! Qué atrevimiento! Quién será?

MERC. Algún chusco que tendrá ganas de divertirse contigo diciéndote esas mentiras.

JOAQ. Niña!

MERC. Es decir...

JOAQ. (Al aparato.) Caballero! Hemos concluído: no quiero nada con usted, y en conclusión, sepa usted lo que por lo visto ignora. Sepa usted que soy casada. (Pausa.) Me llama perjura, infiel, traidora, infame y qué sé yo cuántas cosas. (Cortando la comunicación con el reófago.) ¿Si nos habrá puesto en comunicación con Leganés?

MERC. (Dios mío! Eso es que se ha figurado... Yo me pongo mala.) (Desmayándose.)

JOAQ. Pero, qué te pasa? Se ha desmayado? Juana! Juana!

ESCENA V.

DICHAS.—JUANA, luego DON CLARO.

JUANA. Llamaba usted?

JOAQ. Sí, mujer; la señorita se ha desmayado. Trae las sales.

JUANA. Las del salero de la cocina?

JOAQ. No, torpe; las del frasco que hay sobre mi tocador.

JUANA. Corriendo. (Medio mutis.)

JOAQ. Oye!

JUANA. Qué?

JOAQ. Que vayan á buscar un médico.

CLARO. (Entrando.) Un médico? Aquí estoy yo. Qué pasa?

JOAQ. Que se ha desmayado tu hija.

CLARO. (Alarmado. Tomándola el pulso.) A ver? (Tranquilizado.) No es nada. Como es tan nerviosilla!

JOAQ. Ya, ya.

CLARO. Es un manojo de espárragos, digo, de nervios.

JUANA. Aquí está la sal.

JOAQ. Las sales, mujer.

CLARO. Siempre estoy en el ejercicio de mis funciones. Parezco un teatro por horas. (Le hace aspirar las sales.)

MERC. Ah! (Volviendo en sí.)

CLARO. Ves? Ya se le pasó. No era nada. Sensiblerías.

MERC. (Ay! Qué pensará Luisito de mí!)

JOAQ. Te sientes bien?

MERC. Sí.

CLARO. Algo más grave que tú estaba el enfermo que acabo de visitar.

JOAQ. Qué tenía?

CLARO. Una indigestión horrorosa.

JOAQ. Una indigestión?

CLARO. Sí; figúrate: se había tomado una docena de calamares en tinta... china.

JOAQ. Tinta china?

CLARO. Sí: fué un descuido de la criada, la tenía allí para dibujar los planos.

JOAQ. A la criada?

CLARO. No: á la tinta china. Como es arquitecto!

JOAQ. Qué dices, hombre? La tinta es arquitecto?

CLARO. Mi cliente, mujer.

JOAQ. Ese sí que ha tenido la desgracia de que le toque la china!

CLARO. Pero la más negra es otra.

JOAQ. Más negra que la tinta china todavía?

CLARO. Sí.

JOAQ. Cuál?

CLARO. Que en los primeros momentos la enfermedad me engañó como á un chino.

JOAQ. Pero...

CLARO. Pero al fin dí con la causa del mal, y apliqué el oportuno remedio.

JOAQ. Sí? Qué le recetastes contra la tinta?

CLARO. Polvos de salvadera y una resma de papel secante.

MERC. Qué atrocidad!

JOAQ. Se moriría!

CLARO. No lo creas: el remedio fué enérgico, y le curó radicalmente.

JOAQ. Pero ese señor parecería un tintero portátil!

CLARO. Un tintero? Cá, una escribanía.

JOAQ. Por si acaso no vuelvas á hacer de esas, porque te expones á que te quiten el título.

CLARO. Quitarme á mí el título. Cuando hasta las piezas en un acto le tienen!

JOAQ, Tú sí que eres buena pieza.

CLARO. Pieza yo? Yo soy una obra en tres actos.

JAOQ. Sí: una trajedia.

CLARO. Una trajedia? Por qué?

JOAQ Por los muertos.

CLARO. Que siempre has de tener ganas de bromas! (Suena el timbre del teléfono.)

JOAQ. Llaman al teléfono. (Joaquina y don Claro se disputan la vez.)

MERC. (Ese sonido me ataca los nervios.)

CLARO. (Al aparato) Quién? Voy enseguida. (Cortando la comunicación.) Otro enfermo.

JOAQ. Otro? Pero este Madrid parece un hospital!

CLARO. Eso es bueno.

JOAQ. Cómo bueno?

CLARO. Para nosotros. Si no hubiera enfermos, de qué vivirían los médicos?

JOAQ. A ver si ese que te llama se ha tomado también otra ración de tinta.

CLARO. O una caja de plumas de escribir. Hasta después. (Vase.)

JOAQ. Pero, hija, qué tienes? Los nervios, eh? Vaya, voy por Eolo que todavía estará soplando el párpado de Citerea! (Vase.)

ESCENA VI.

MERCEDES sola.

MERC. Qué desgraciada soy! La fatalidad se empeña en destruir mi dicha, y el pobre Luis, como es tan sencillo, no ha podido presumir la equivocación. Creer que le engaño! Pero esto no puede quedar así Yo debo, yo quiero destruir su errónea creencia. Pero y si... No importa. No puedo resistir más. (Llama al teléfono. Pausa. Suena el timbre Se pone al habla.) Central? Haga usted el favor de ponerme en comunicación con el número 1.191. Gracias. ¿Si se habrá ido el pobrecito desesperado? No, más bien creo que esté llorando todavía en su cuarto. Yo le consolaré. Solo falta que no me crea! (Suena el timbre, y vuelve á ponerse al habla.) Número 1.191? Sí? Luis? Luisito? No me llames ingrata: yo te lo explicaré todo... La de antes no era yo, era mi mamá. Sí, hombre, sí, mi mamá que, como ignora nuestras relaciones, habló de aquel modo: Sí, te perdono, y tú á mí? Si vieras qué contenta estoy! Ahora sí: papá ha salido, y mamá está en su habitación. Qué, estás decidido á hablar á papá? Cuándo? Hoy? Siempre dices lo mismo, y nunca te atreves! Eres lo más miedoso! Que hoy sí? Vas á venir enseguida? Pues sé atrevido! Zalamero! yo también te quiero á tí muchísimo... Ay!

ESCENA VII.

MERCEDES.—DOÑA JOAQUINA que entra á tiempo de oir las últimas frases.

JOAQ. Con que hablando con el novio! Me gusta!

MERC. A mí también me gusta, por eso le quiero.

JOAQ. Niñita!

MERC. Perdóname que no te lo haya dicho antes.

JOAQ. Te parece bien que estés comunicándote con un joven?

MERC. Pero si es por teléfono!

JOAQ. Pues no faltaba más sino que fuera de otro modo!

MERC. Es que... Voy á decírtelo todo. Me ha prometido venir hoy mismo á pedir mi mano.

JOAQ. Esas promesas se hacen muy fácilmente, pero luego...

MERC. Luis no es de esos.

JOAQ. Qué Luis es ese?

MERC. Luis Pajaritas. El chico de las de Pajaritas.

JOAQ. Ah! El pajarito ese? Pajaritas! Pues si es una familia á quien apreciamos mucho.

MERC. Verdad que sí? Y papá consentirá este matrimonio.

JOAQ. Así lo espero. Y dices que va á pedir hoy mismo tu mano?

MERC. Eso me ha dicho.

JOAQ. Pues vamos á concluir de arreglar la casa, no encuentre esto hecho una leonera y forme mal concepto.

MERC. De modo que tú nos das tu consentimiento?

JOAQ. Sí; pero me limito á mantenerme á la espectativa, por más que interpondré mi influencia, si fuere necesaria, aunque yo espero que no.

MERC. Gracias, mamá.

JOAQ. Vaya; voy á concluir de arreglar aquello, y cuando lo vea tu novio se va á quedar bizco.

MERC. Por Dios, mamá; si se ha de quedar bizco, más vale que no lo vea.

JOAQ. Tonta, más que tonta. (Ay! (Dando un gran suspiro.) (Lo mismo era yo á su edad.) (Váse.)

ESCENA VIII.

MERCEDES.—FARRUCO.—JUAN.

MERC. Qué felicidad! Con qué brusca transición he pasado del dolor al placer! Papá accederá. Naturalmente. Pues si es más bueno!...

FARRUCO. Señurita!

MERC. Qué?

JUANA. Señorita.

MERC. Qué quereis?

FARRUCO. Está en casa nuestru señor?

MERC. Nuestro Señor Jesucristo?

FARRUCO. Non, señurita, el amo.

MERC. No habeis visto que ha salido?

JUANA. Es que...

FARRUCO. En la antesala hay un caballeru...

JUANA. Un joven.

FARRUCO. Que desea ver al amo.

JUANA. Que pregunta...

FARRUCO. Cállate. (Estas mujeres todo quieren hablárselu.)

MERC. Que pase á este despacho; papá no tardará en venir.

JUANA. Voy á decirle que pase. (Váse.)

FARRUCO. Pase usted, caballero.

ESCENA IX.

DICHOS.—LUIS, con un paraguas eu la mano, el cual deja luego cerca del aparato telefónico.

LUIS. Se puede?

MERC. Adelante.

LUIS. Mercedes!

MERC. Luis!

FARRUCO. (Diablu! Diablu! Me parece á mí que este caballero non ha venidu pur el señor, sino pur la señorita.)

MERC. Farruco!
FARRUCO. Qué, señorita?
MERC. En cuanto llegue el amo, que entre aquí inmediatamente.
FARRUCO. Bueno.
MERC. Y ahora, vete.
FARRUCO. Entiendu la indireuta. (Váse.)

ESCENA X.

MERCEDES.—LUIS.

MERC. Conque al fin te has decidido?
LUIS. Sí.
MERC. Tendrás valor?
LUIS. Ya verás. Por el camino he venido haciendo ánimo, y en cuanto vea á tu papá se lo suelto.
MERC. No; no sueltes el ánimo, que te hace mucha falta.
LUIS. Desde ahora voy á ser más valiente que el Cid Capeador.
MERC. Cid Capeador? Quién es ese?
LUIS. Debe ser Lagartijo.
MERC. Conque, te atreverás?
LUIS. Sí; voy á ser muy atrevido, y para probártelo, mira. (La besa la mano repetidas veces.)
MERC. Pero, Luis... (Sale Farruco y se detiene en la puerta sorprendido y contemplándoles.)

ESCENA XI.

DICHOS.—FARRUCO.

FARRUCO. Ustedes dispensen que les interrumpa.
MERC. Torpe.
LUIS. Mal criado.
MERC. Quién te ha mandado entrar?
FARRUCO. Si ustedes quieren segir, me retiraré; pero venía á decirles que acaba de llegar el amu.
LUIS. Ay, ay, ay! (Temblando.)

MERC. Qué te pasa?
LUIS. No es nada.
MERC. Tiemblas?
LUIS. De gusto.
MERC. Sé atrevido.
LUIS. No sé.
MERC. (A Farruco.) Dí á papá que le esperan. (A Luis.) Valor.
LUIS. (En este momento tengo menos valor que una caja de cerillas.)
MERC. Hasta luego.
LUIS. Por Dios, no me dejes solo.
MERC. Miedosote! Si no te declaras hoy, no me vuelvas á hablar en tu vida (Vase.)
LUIS. Eso solo me faltaba! Ya estoy en capilla. Pero, por qué no me habrán hecho mis papás más valiente!

ESCENA XII.

LUIS.—DON CLARO.

CLARO. Buenas tardes.
LUIS. Buenas.
CLARO. Es usted el que me esperaba?
LUIS. No señor: es decir, sí... yo le diré á usted...
CLARO. Sí, hombre, sí; dígalo usted.
LUIS. Yo venía... pues... yo... (Maldita timidez!)
CLARO. Continúe.
LUIS. Yo venía...
CLARO. Al grano.
LUIS. No, señor; al grano no. Venía...
CLARO. A consultarme?
LUIS. Eso, á consultarle. Pero no se trata de ningún grano.
CLARO. Usted dirá. Y tome usted asiento.
LUIS. (Lo que yo tomaría sería la puerta.)
CLARO. De qué se trata?
LUIS. Yo quisiera ser claro.
CLARO. Haría usted mal. Yo lo soy, y cada vez me pesa más llevar ese nombre.

LUIS. Pues... yo... (Nada, que no lo digo, no; qué compromiso.)

CLARO. Veamos: qué tiene usted?

LUIS. (Mucho miedo.)

CLARO. Qué es lo que siente?

LUIS. Siento... molestarle.

CLARO. Digo, que qué es lo que siente.

LUIS. Siento así una especie de vértigo..

CLARO. Y por qué se ha molestado en venir? Podía haberme pasado aviso...

LUIS. Por... no molestar á los criados. Ya ve usted, hay que guardarles consideraciones.

CLARO. A los criados!

LUIS. Sí, señor: les debo...

CLARO. La mensualidad?

LUIS. No señor: señalados servicios.

CLARO. Tiene usted teléfono en su casa?

LUIS. Sí, señor.

CLARO. Pues haberme avisado por él.

LUIS. No me acordé... pues .. y .. Además, tengo muy entorpecido el aparato.

CLARO. (Apretándole el vientre.) El aparato digestivo?

LUIS. El aparato telefónico.

CLARO. Eso es otra cosa.

LUIS. Claro.

CLARO. Qué?

LUIS. Nada.

CLARO. Ah, ya. A ver el pulso? (Se lo toma.)

LUIS. (Me toma por un cliente. Me he salvado! Sí, pero ya no puedo decirle... Malhaya! Mercedes me va á odiar.)

CLARO. Efectivamente, el pulso está muy alterado.

LUIS. Y yo también. Y tenemos razón para alterarnos.

CLARO. Tiene usted fiebre.

LUIS. Amarilla?

CLARO. No he tenido tiempo de distinguir el color.

LUIS. (Diablo!)

CLARO. En fin, para que nos entendamos. Qué le duele á usted?

LUIS. (Sentimentalmente.) El corazón!

CLARO. Eso es gravísimo. A ver. (Comienza á auscultarle dándole terribles puñetazos en la espalda, que el otro

aguanta con muestras ridículas.) Estése usted quieto, hombre, que le estoy auscultando.

LUIS. Ay! Ay! Qué me hace usted cosquillas!

CLARO. Funcionan bien los órganos.

LUIS. Los órganos de Móstoles?

CLARO. No, hombre! los órganos respiratorios.

LUIS. Ya!

CLARO. Abra usted la boca.

LUIS. (Resistiéndose.) Va usted á verme la edad?

CLARO. No señor. Para que me enseñe usted la lengua.

LUIS. La lengua española?

CLARO. No; esa lengua de estropajo que tiene usted. A ver si está sucia.

LUIS. Nada de eso. Me la labo con jabón todos los días.

CLARO. A ver las pupilas.

LUIS. Qué pupilas? (Me toma por una casa de huéspedes!)

CLARO. Las de los ojos. (Levantándole los párpados bruscamente.)

LUIS. Qué me va usted á saltar uno!

CLARO. No tenga usted cuidado. De saltarle sería los dos, pero uno solo de ninguna manera.

LUIS. (Vaya un consuelo!)

CLARO. Sus niñas están bien.

LUIS. Caballero, yo no tengo familia.

CLARO Es usted huérfano? Le compadezco.

LUIS. Quiero decir que no tengo niñas.

CLARO. Hablaba de las de los ojos.

CLARO. Tiene usted alguna lesión interior?

LUIS. No señor: Lo que tengo es un apetito desordenado.

CLARO. Desordenado? Eso proviene de los desórdenes interiores.

LUIS. Sí, eh?

CLARO. Aquí va á haber que cortar por lo sano.

LUIS. No, por Dios; no corte usted por ninguna parte.

CLARO. (Reanudando la auscultación.) La sangre entra en el corazón apresuradamente.

LUIS. (Y la cosa no es para menos!

CLARO. Voy á darle á usted un medicamento para paralizarle la sangre.

LUIS. (Cualquier día le tomo yo!)

CLARO. (Extendiendo la receta.) Treinta gramos; cuarenta gramos. Así; grandes dósis.

LUIS. (Este hombre me va á matar.)

CLARO. Hay que obrar con energía.

LUIS. (Qué bruto!)

CLARO. Lo he oído...

LUIS. Qué?

CLARO. Lo he oído decir á sábios. «A grandes males, grandes remedios.»

LUIS. Sí, sí.

CLARO. Tome usted (Le da la receta.) y si obedece mis instrucciones, lograremos combatir esa enfermedad. Si no, tiene usted que morir, tarde ó temprano.

LUIS. (Caracoles! Si estaré tan grave, efectivamente?)

CLARO. Conque, aliviarse.

LUIS. Mil gracias por todo. (Medio mútis.)

CLARO. (Deteniéndole.) No hay de qué. Yo no hago más que cumplir con mi obligación. A mí me pagan...

LUIS. (Carambita! No había yo caído en esto!) Cuánto es?

CLARO. Tres duros, por ser en casa.

LUIS. (Otra vez que le necesite, le buscaré en la calle.)

CLARO. Precio de consulta.

LUIS. Es el caso, que como no sabía lo que me iba á pasar, me he venido sin dinero.

CLARO. Qué no lo sabía usted? Pues no venía á consultarme?

LUIS. No señor. Digo, sí... sí. Pero quiero decir que no sabía el precio.

CLARO. Bueno: lo mismo da; ya pagará usted otro día.

LUIS. (Sí; me parece que las voy á pagar todas juntas.)

CLARO. Yo no le he de obligar...

LUIS. (Ahora debía decírselo todo. Ea, Luisito; á la una, á las dos, á las...)

CLARO. (Interrumpiéndole.) Tres duros no es una cantidad que merezca la pena... Qué teléfono es el de usted?

LUIS. El 1.191. Tendrá usted esa cantidad inmediata-

mente. Si quiere usted se la mandaré por teléfono.

CLARO. Qué atrocidad!

LUIS. (Nada, que no me atrevo á decírselo... Y de hoy no pasa.)

CLARO. Conque cuidarse. (Dándole la mano.)

LUIS. (Qué idea! Sí; es lo mejor. Haré como que dejo olvidado el paraguas, y con esa disculpa le hablo por elteléfono. Mi casa está próxima, y luego en dos saltos...) Infinitas gracias. (Muy atolondrado.) Beso á usted la mano. (Medio mútis por la segunda derecha.)

CLARO. Eh! Adónde va usted; ese es el cuarto de la niña.

LUIS. Pues por eso.

CLARO. (Mostrándole el foro.) Por aquí se va á la calle.

LUIS. Gracias; usted dispense. (Maldita timidez.) Adiós. (Vase dando tropezones, tirando las sillas y el velador.)

ESCENA XIII.

DON CLARO.—DOÑA JOAQUINA,

CLARO. Pobre muchacho, y qué aprensivo es! Tanto quejarse y no tiene absolutamente nada. Por más que esas dolencias del corazón le dan á uno cada chasco ..

JOAQ. Hola! Has hablado ya con ese joven?

CLARO. Sí.

JOAQ. Y qué te ha dicho?

CLARO. A tí qué te importa?

JOAQ. No me ha de importar; si soy su madre!

CLARO. Tú, madre de ese caballerete? Joaquina!

JOAQ. Qué caballerete! De Mercedes.

CLARO. Pero, te has vuelto loca?

JOAQ. Loca, porque creo que soy la madre de mi hija? Tú sí que lo estás.

CLARO. A que no nos entendemos?

JOAQ. Mira, no andes con embrollos, sé claro!

CLARO. Claro! Claro! Ya me voy cargando de serlo!

JOAQ. Habla francamente. Le has negado la mano?

CLARO. Por qué se la he de negar? No es un hombre honrado?

JOAQ. Pues, por qué no lo has dicho antes?

CLARO. No sé qué necesidad había de que dijese una cosa tan nimia.

JOAQ. Llamas nimia á la felicidad de nuestra hija?

CLARO. Pero, qué tiene que ver nuestra hija con esto?

JOAQ. A qué ha venido ese joven.

CLARO. A hacerme una consulta.

JOAQ. Acerca de qué?

CLARO. Acerca de uua enfermedad que padece.

JOAQ. Padece una enfermedad, y quiere casarse con Mercedes?

CLARO. Que qniere casarse con Mercedes? Quién lo ha dicho?

JOAQ. El. No te ha pedido su mano?

CLARO. No.

JOAQ. Entonces, en qué piensa ese chico?

CLARO. Me has metido en tal confusión, que no sé lo que me pesco.

JOAQ. Mercedes! Mercedes!

ESCENA XIV.

DICHOS.—MERCEDES.

MERC. Qué? (Saliendo.)

JOAQ. Que tu novio es muy tonto, ó muy pillo.

MERC. Por qué?

JOAQ. Porque ha estado hablando con tu padre, y no le ha pedido tu mano.

CLARO. Pero ese joven!... Ahora lo comprendo todo!

JOAQ. Ya era hora!

CLARO. Y venía á pedirme tu mano?

MERC. Claro.

CLARO. Qué? Ah! Pues no se ha atrevido el pobrete.

MERC. Me había jurado hacerlo.

JOAQ. Y es tan tímido!

CLARO. Pero, ante todo, es partido que te conviene?

MERC. Ya lo creo. Es Luis Pajaritas!

CLARO. Entonces sí. Es un buen pájaro.

MERC. Un pájaro?

CLARO. Más bien es un ave de corral. Pero de una gran familia.

JOAQ. Claro!

CLARO. Qué?

JOAQ. Nada.

CLARO. Pero, por qué no me ha dicho el objeto de su visita?

JOAQ. Porque tiene miedo.

CLARO. La verdad es que eso de casarse, mete miedo á cualquiera.

MERC. Qué desgraciada soy! (Suena el timbre del teléfono.)

CLARO. (Al aparato.) Quién? Sí... Sí... Yo soy. Que se debe usted haber dejado aquí el paraguas?

JOAQ. Aquí hay uno. (Dándoselo á Claro.)

CLARO. Es éste? (Mostrando el paraguas al aparato.)

JOAQ. Qué dices, hombre?

CLARO. Mujer, estaba distraído. (Al aparato.) Otro asunto? Ah! vamos! Por qué no lo ha dicho usté antes? Ya... Sí, hombre, sí; se la concedo á usted. Bueno. (Cuelga el reófago.)

JOAQ. Quién es?

CLARO. El.

MERC. Luis?

CLARO. Sí.

MERC. Qué te ha dicho?

CLARO. No atreviéndose á hacerlo de otro modo, me ha pedido tu mano por teléfono.

JOAQ. Sí? Y tú?

CLARO. Para seguir la originalidad se la he concedido.

MERC. Qué bueno eres!

CLARO. Dice que va á venir enseguida á echarse á nuestros piés.

JOAQ. Se va á manchar la ropa.

MERC. Qué dichosa soy!

CLARO. Pero es el caso que ahora tengo que ir á hacer una visita.

JOAQ. Cómo! Vas á marcharte cuando va á venir Luis? Sería un feo ..

MERC. No: Luis no sería feo de ninguna manera.

JOAQ. Niña!

MERC. Se me ocurre una idea.

CLARO. Venga.
MERC. Es á don Justo á quien tienes que visitar?
CLARO. Justo.
MERC. Pues avísale por el teléfono que te hallas algo indispuesto, y no puedes salir hoy.
JOAQ. Bien pensado.
CLARO. Es verdad. (En este instante entra Luis muy de prisa y le detiene.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS.—LUIS, que entra precipitadamente tirando una silla que encuentra al paso.

LUIS. Buenas tardes.
CLARO. Buenas. Pare usted, hombre! (Deteniéndole.)
LUIS. He venido tan deprisa, que no podía contenerme. (Respirando con dificultad.)
JOAQ. Contenga usted sus ímpetus.
MERC. Ah!
LUIS. Venía con la velocidad de un sud-exprés.
CLARO. Mucho cuidado con descarrilar.
LUIS. Ya he llegado á la estación.
CLARO. Pues haga usted parada y fonda, quedándose á comer con nosotros.
LUIS. Conque accede usted á hacerme feliz!
CLARO. Sí, hombre, sí.
LUIS. Permítame usted que le abrace. (Lo hace.) Y á usted. (A Joaquina.) Y á... (Intentando abrazar á Mercedes.)
CLARO. (Deteniéndole.) Todavía no.
MERC. Papaíto: qué bueno eres!
CLARO. Zalamerilla! (Suena el timbre del teléfono.)
LUIS. Llaman.
JOAQ. Quién será!
MERC. Algún importuno.
CLARO. Voy á verlo. (Se pone al habla en el aparato.)
Sí... sí señor. Enseguida.
(Al público.)
Por teléfono, el autor
me suplica que les pida
un aplauso por favor.

TELON.